

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Correo concertado

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 82.

Anuncios económicos.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Se publica martes y sábados.

Suscripción.

Un año..... 5,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,15

Pago adelantado.

SUBLIME CONTRASTE

I

Un año justo hace que los peregrinos españoles visitáramos la Ciudad Santa de Jerusalén. Entre los edificios que tuvimos la dicha de ver, uno de ellos fué el *Cenáculo*.

Se compone el edificio de un piso y un entresuelo; el piso está dividido en dos partes; la primera es el *Cenáculo*, propiamente dicho, y mide catorce metros de largo por nueve de ancho. La segunda es la sala llamada por los judíos y musulmanes, sepulcro de David. Según la tradición, esta casa pertenecía á José de Arimatea.

Célebre es el *Cenáculo* porque en él celebró nuestro Divino Maestro la cena legal y lavó los pies á sus discípulos; en él predijo la traición de Judas y enseñó aquellas sublimes verdades que San Juan nos consigna en su Evangelio. Célebre, porque en él se apareció después de resucitado á sus discípulos, y porque en él estaba en oración el Colegio Apostólico cuando sobre ellos descendió el Espíritu Santo.

Mas lo que le ha hecho más célebre es el haber instituido en él, nuestro Divino Maestro, el Santísimo Sacramento del Altar. Si, allí tuvo principio esa obra del amor de un Dios Soberano, esa continuación de la encarnación de Cristo, mediante la cual permanece el Dios-Hombre con nosotros y permanecerá hasta el fin de los siglos, donde tiene su trono, donde recibe á sus vasallos, donde celebra el convite y es á la vez el invitador y el sabroso manjar que, gustado, da la vida eterna.

Por eso Cristo, presente en el Santísimo Sacramento, merece el homenaje de adoración, culto y vasallaje de las criaturas todas del universo. Por eso también, cuando visitamos en Jerusalén el *Cenáculo*, donde se instituyó este Sacramento de amor, creímos encontrarnos con un lugar tan venerado como lo es el de Nazaret, donde encarnó el Hijo de Dios, ó el del Santo Sepulcro, donde resucitó glorioso.

Mas no fué así; allí ningún signo de nuestra Sacrosanta Religión; allí no se oyen los cánticos sagrados de la Iglesia, ni las almas enamoradas de Cristo Sacramentado pueden expansionar su corazón, ni aun el cristiano puede murmurar una oración, ni siquiera quitarse el sombrero como tributo de respeto y veneración á aquel sagrado lugar, y aun para penetrar allí ha de valerse de credida propina á los encargados de su custodia. El oro judío, ayudado por los musulmanes, es al pretexto de que está allí el sepulcro de David, arrancó en 1848 un firmán al Emperador de Turquía para que dejara de ser propiedad de los cristianos. Grande fué nes-

tra tristeza por ver aquel sagrado recinto, testigo de tan grandes y sublimes misterios, tratado de aquella manera.

II

Aquella tristeza, aquella honda pena que sentíamos en nuestra visita al *Cenáculo*, se trocó en alegría y contento contemplando el jueves pasado la magnífica procesión del *Corpus* verificada en nuestra imperial. Verdadera manifestación de homenaje á Cristo en el Santísimo Sacramento; culto espléndido en el que parece entran á porfia la naturaleza, el arte, y, sobre todo, el pueblo cristiano; verdadero derroche de cuanto hay de grande en el mundo para obsequiar al Rey de los Reyes, al Señor de los Señores, al mismo Dios, Supremo Hacedor de todas las cosas.

La carrera, ricamente engalanada con preciosas flores naturales y artificiales, y más aún con valiosas colgaduras y costosos pafusos de manila, según costumbre toledana, estaba cubierta toda ella por los caballeros Alumnos de la Academia de Infantería, quienes postrados en tierra rendían armas al paso del Santísimo Sacramento.

La ornamentación sagrada que sale en este día es lo más rico y selecto de la Catedral; la artística y majestuosa manga grande iba rodeada de todas las parroquiales, apareciendo como una reina seguida de su corte; multitud de estandartes y banderas representaban otras tantas corporaciones.

Pero lo que más realce daba á la Procesión, bajo el punto de vista material, era la Custodia; alhaja tal vez la más preciada en el mundo, considerando que en ella se encuentran en gran abundancia las piedras y metales más preciosos y ricos de la naturaleza, y el arte haciendo competencia con la riqueza material. Sin grande inspiración no puede concebirse una obra más sabiamente ideada ni ejecución más perfecta que la que se observa en esta joya de Toledo.

Pero todas estas cosas y otras que omitimos en obsequio á la brevedad, aunque sirven de honor á Cristo Rey, á quien se deben naturaleza, artes y ciencias, se empequeñecen ante la sublimidad de los corazones, rindiendo homenaje y culto al Santísimo Sacramento.

A la procesión acudieron, de gala, el elemento militar en sus distintas armas, la Diputación con su Presidente, el Sr. Gobernador; la Corporación municipal con sus maceros y dependientes, la Judicial con sus subordinados, y no hay para qué decir que todos los elementos eclesiásticos y corporaciones religiosas, presididas por el Eminentísimo Sr. Cardenal, quien revestido de Pontifical ofició en la Procesión.

Quien á la salida de la misma, al presentarse al público nuestro Dios y nuestro Rey, presente en la Sagrada Hostia, á los acordes de la *Marcha Real*, al ver la inmensa muchedumbre de fieles que ocupaba calles y plazas, postrados en tierra, no se sintiera emocionado y poseído de espíritu religioso, ese tal no conoce ni lo sublime ni lo noble de los sentimientos del corazón cristiano; ese tal no es capaz de apreciar lo que vale el amor de un Dios Sacramentado, ni hay en su corazón sentimientos de gratitud.

Tanto á la salida como á la entrada de la Procesión, ni durante la carrera, ocurrió incidente alguno digno de mención: sólo merece consignarse que las bandas venidas al concurso, situadas en distintos puntos, al paso de la Procesión tocaron la *Marcha Real*.

H M

¡DEUS ECCE DEUS!

Deja, Señor, que el insecto que se arrastra por el suelo, hoy á Ti levante el vuelo en sublime adoración; que si es vil insecto el hombre, no pierda todas sus galas; aún le quedan las dos alas de su mente y corazón.

Deja, Señor, que este día, el noble venido á menos, respire á pulmones llenos de nobleza el ideal; que, si de alta alcurnia el hombre, cayó en la suma bajeza, aún le atrae la grandeza como instinto natural.

Deja, Señor, que hoy el hombre, destronado de las nubes, se poestre con los querubines de tu trono excelso al pie; que, aun destronado monarca, si Tú la mano le das, puede estar donde Tú estás y volver á ser quien fué.

Deja, Señor, que el cautivo, en su destierro y prisiones, cante las dulces canciones que allí en su patria aprendió; que el desterrado conserva en su alma frescas y vivas, las amables perspectivas de la tierra en que nació.

Aún lejos de Ti, muy lejos, por la primer culpa el hombre, no pudo olvidar tu nombre, tu amor no pudo olvidar; y en el hogar y en el Templo, y en el monte y en el valle, y en el campo y en la calle, te erigió múltiple altar,

En jaspes, mármoles, bronce, en maderas olorosas, en oro y piedras preciosas tu figura hizo esculpir; y por tenerle vecino hizo de Ti dios penate, y en la sibila y el vate tus oráculos fué á oír.

Tú con él entraste en trato; que lo hablaras y hablaste, y verte y le visitaste,

y aún á tocarte alargó negra y llagada del crimen su mano, y Tú cortesano... pues le alargaste la mano, la mano que le sano.

Con los hijos de los hombres conversaste, y este trato te fué tan dulce y tan grato, que siendo extranjero aquí te avecinaste en la tierra, no viendo la hora propia de abandonar tal delicia ni por el cielo turquí.

Te fuiste, más sólo á medias, y no te fuiste del todo, pues inventaste tu modo de irte y quedarte á la vez: ¿qué esperas como un amante ahí á la luz del santuario; qué esperas de ese Sagrario tras el oculto ajimez?

Tú, que de humanos amores eres soberano centro, esperas sólo el encuentro, lleno de amor y de luz, con el alma humana ansiosa de oírte, verte y tocarte, y truces para tratarlo por el Sagrario la Cruz.

Pero ¿por qué estas callado? ¿Por qué enmudeces tu boca? ¡Ah! será que ahora me tocó á mí la conversación. «Oh! hablame, esposa mía, dices con ecos sentidos, habla que soy todo oídos, ábreme tu corazón.»

Guarda siquiera las leyes de cortesía exquisitas; págame tanta visita, preso estoy, á verme van; para curar tus heridas te alargó cortés mi mano, ¿te negaras, vil guasano, á recibir á tu Bien?»

«Oh mi Jesús todo amable, deja despiégue el insecto las alas del dulce afecto cual mariposa gentil, y entre armonías y flores, nubes de incienso y salmodias, déjame de la Custodia volar en torno al virri.»

Deja que el noble arruinado deempolva sus bisacnas, y al rimbombiar de cañones y de banderas en pos, y entre danzas de gigantes y bajo arosos de verbenas, ¿nuestro que aún lleva en sus venas sangre azul, sangre de Dios.

Deja que el rey destronado, al redoble de estabiles y entre vítores marciales, de tu mano y tu poder, llevado con grave paso, suba á ese trono en que quisio tu amor como en paraíso al mortal engrandecer.

Escucha, Dios prisionero de un desterrado las quejas, que van de rejas á rejas y de prisión á prisión; ¡salve Cautivo de amores! mi libertad y mi vida, mi manjar y mi bebida, mi sola conversación.

S. Liso y Estrada.